

VICTORIANO
SANTANA SANJURJO

 **OLTADAS**
[de literatura y...] **UNO**



COLECCIÓN MERCURIO

80


MERCURIO
EDITORIAL

24

EL CAMINO HACIA *LOS CUARTOS*¹⁴⁷

Gabriel García Márquez: *Cien años de soledad* *Los cuartos y los finales*

I

Para empezar, necesito, debo y quiero contarte una anécdota, una situación, una experiencia...; algo, en suma, que me

147. Prólogo a *Los cuartos y los finales*, una obra que publiqué en Mercurio Editorial en 2019 y que se asienta principalmente sobre dos géneros literarios: el dramático y el ensayístico. El texto teatral atesora muchas características propias de la escritura narrativa; y la pieza de ensayo mantiene un vínculo muy estrecho con los guiones escenográficos. Como producto poético, es una obra híbrida; y como producto cultural, puede verse como un ejercicio asentado sobre múltiples lenguajes, pues al lingüístico cabe añadir el musical, omnipresente lo largo del libro, y en menor medida el propio de las artes plásticas.

La primera parte, *Los cuartos*, es un monólogo teatral inspirado en los siete capítulos iniciales de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez (1967) que toma al personaje de José Arcadio Buendía como protagonista absoluto del texto. A partir del pasaje conocido como “el sueño de los cuartos infinitos”, reconocido como una de las mejores piezas de la novela del colombiano, planteo un recorrido a través de sentimientos tan encontrados como la nostalgia, el arrepentimiento, la ira, la esperanza, el cariño, el desengaño... que se hallan presentes en la relación que el patriarca de los Buendía ha mantenido con los diferentes personajes que han ido apareciendo en la novela a lo largo de los primeros siete capítulos.

La segunda parte del libro, *Los finales*, es un heterogéneo conjunto de composiciones en torno a mi muerte, que analizo desde múltiples perspectivas: como recreación, como causa de la que se han de derivar consecuencias, como crónica de una visión de la existencia que entronca con la imagen calderoniana de la vida como una representación teatral. Todo se elabora bajo el convencimiento de que nada de lo que se refleja te es ajeno.

pasó durante mis años de licenciatura universitaria (te hablo de un periodo comprendido entre 1991 y 1996). Me gustaría precisar en qué momento, pero no logro acotar ningún segmento cronológico concreto, aunque por conjeturas estoy casi seguro de que ocurrió antes de 1995. Sigo: recuerdo que sucedió en las horas vespertinas de un día de vacaciones estivales (¿julio?, ¿agosto?) y que el acontecimiento se produjo en una guagua que cogí en la parada que estaba situada frente a la iglesia de San Gregorio, en el barrio teldense de Los Llanos de Jaraquemada, cerca del que se conoció durante muchísimos años como el edificio de Venancio. Mi destino era el Hospital Insular.

Llevaba conmigo un libro para entretenerme en un trayecto que me sabía de memoria y cuyo paisaje, a fuerza de verlo diariamente, ya me resultaba monótono. Cogí el volumen de mi biblioteca. Hacía un par de meses que lo tenía. A pesar de su hermoso título, no le había podido prestar una atención que fuese más allá del breve texto de la contracubierta. Ese día, pues, me lo llevé «para ver de qué va y si merece la pena». Lo puse en la mochila; conmigo llegó a la parada y esperó por el Salcai que hacía la línea 80, y juntos nos acomodamos en un asiento de los muchos que estaban desocupados esa tarde. Tras arrancar y mientras se dirigía al siguiente punto de recogida de pasajeros, situado en la desastrosa estación de guaguas de Telde, la última antes de emprender el camino ininterrumpido hasta mi destino, abrí el macuto, saqué el libro y empecé a leer. Leí, leí más, leí mucho más, seguí leyendo, pasé páginas y páginas; leí sin apenas respirar, sin la mínima tregua para alzar la mirada, sin cambiar de posición; leí sin tiempo, leí y continué haciéndolo...

Cuando me quise dar cuenta, la guagua llegó al final de su trayecto, en la estación de San Telmo de la capital grancanaria. Levanté la cabeza y comprobé que se me había pasado la parada del Hospital Insular. No tuve más remedio que volver a ponerme delante de la puerta del mismo vehículo que me

había traído para que, en una suerte de retroceso absurdo, me llevase al destino previsto. La lectura me hizo perder la noción del tiempo y el espacio. Me acordé del *Quijote*...

Ahora sí, me propuse no despistarme y cumplir con el objetivo del viaje. Llegué al Hospital Insular, hice lo que no recuerdo en este momento que tenía que hacer (¿visitar a algún paciente, quizás?), despaché mi tarea con mala gana y corrí ansioso para coger la primera línea 80 que me devolviese a Telde. Durante el regreso, seguí leyendo, pasando páginas, descifrando aquel embrujado libro de bello título y cautivadoras palabras.

Me bajé en la parada del instituto José Arencibia Gil, donde cursé el Bachillerato (llamado entonces BUP) y el COU. De ahí a la casa familiar hay muy poca distancia. Enseguida llegué y presto me encerré en mi habitación para seguir con la lectura. Y leí, leí más, leí mucho más, pasé páginas y páginas; y leí sin apenas respirar, sin la mínima tregua para levantar la cabeza, alzar la mirada, ver la hora o cambiar de posición; y leí como si mi existencia dependiera del contenido de ese libro...

El caso es que al día siguiente continué con la lectura al tiempo que empezaba a nacer en mí cierto desasosiego, cierta inquietud que me era familiar porque fue la misma que me inundó mientras rondaba el final de la segunda parte del *Quijote*. Comprobaba que el volumen que tenía en mis manos se estaba acabando y... que no, que no era justo que se terminase, que eran necesarias mil, dos mil, cinco mil páginas más; que la narración no podía concluir así, sin más; pero, como todo en esta vida... Cerré la novela. Cerré los ojos. Suspiré. «Sublime», musité. Y con impía pasión, con la intensidad de un desgarrar en una cicatriz mal cosida, volví a releerla sobre la marcha:

«Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de

aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo [...].»

Así nació mi veneración por *Cien años de soledad*. Así se consolidó en los parajes intelectual y emocional que nutren mis quehaceres literarios una suerte de celibato filológico en forma de certeza: que yo no debía hacer con la novela de García Márquez otra cosa que no fuera leerla con devoción y musitar, al cabo de cada lectura, lo único que era posible decir: «Sublime».

II

Mediodía del 25 de mayo de 2019. Tres mil seiscientos sesenta y seis metros separan el origen del destino, mi casa. Doce minutos en coche; caminando, media hora. Sábado soleado en Santa Lucía de Tirajana. Dos horas antes, había llegado a casa de Nacho Cabrera, el origen; el origen de todo: el del breve viaje automovilístico de regreso que ahora cuento y, lo que importa más al tema que nos ocupa, el de la salida hacia el fabuloso periplo literario que me entretuvo hasta finales de agosto y que ha supuesto el fin de la reconocida y apuntada castidad.

Allí hablamos de teatro, cómo no; y de Teatro La República, como no puede ser de otro modo; y de proyectos relacionados con el inminente primer cuarto de siglo de la compañía; y de iniciativas editoriales sobre piezas dramáticas; y de literatura, y de libros, y de... «Lo que me gustaría es que hicieras algo con *Cien años de soledad*. Un actor, un texto; y que todo quepa en una maleta», me soltó sin anestesia, sin preámbulos, sin rodeos; de manera directa, clara, explícita, rectilínea. Entre dos puntos, el camino más corto es la línea recta.

En su mente rondaba una composición similar a su célebre *Ciudadano Yago*. Yo también pensé en esta joya que puso en escena Teatro La República en 2013. «Con Miguel Ángel

Maciel», dijo. «Solo puede ser él», le repliqué enseguida. Me miró. El envite estaba lanzado. Le devolví la mirada: al principio, con firmeza, con actitud resuelta, con ese punto de inconsciencia adolescente que no atiende a los peligros; luego, cuando se me asentó sobre la chepa el peso de la vejez y se me iluminó la magnitud de la empresa, no pude evitar una delatora cara de susto.

Una hora más tarde, durante la despedida, le dije que sí, que lo haría, que aceptaba el reto; y que desde ya me ponía manos a la obra. Y así lo hice. En lo que me quedaba para llegar a casa, comencé con el encargo. ¿Cómo? Tomando algunas decisiones.

III

Tras sentarme en el coche, activar el arranque y hacer las maniobras iniciales para incorporarme a la vía, empecé a tararear una pieza instrumental a guitarra de John Norum titulada “Jillanna”. El tema aparece en su disco *Another destination* (1995). Yo ya había leído *Cien años de soledad* cuando lo escuché por primera vez, pues sentenció: «he aquí su banda sonora». Pensé en la cantidad de veces que, al oír “Jillanna”, volvía de una manera u otra a la novela; y las incontables ocasiones en las que, manejando el texto, no podía evitar que sonara mentalmente la melodía. La música, como siempre sucede, abrió la verja de la inspiración. Ante mí, el jardín de las decisiones.

Trescientos treinta y nueve metros después, volvía un nombre (Miguel Ángel Maciel) y una reminiscencia: la de su admirada y admirable figura sobre el escenario. *Ciudadano Yago. Los impostores. Las cicatrices del cielo*. «¿Cómo se compone una pieza teatral para un actor como él partiendo de una obra como *Cien años de soledad*?», me pregunté. Mil metros recorrí mientras me percataba de que la búsqueda de una respuesta me había llevado a la conclusión de que solo hay dos personajes en la novela idóneos para que los encarne el gran Maciel: el del patriarca, José Arcadio Buendía; o el de su hijo,

el coronel Aureliano Buendía. Ochenta y seis metros más adelante supe, con absoluta claridad, que el marido de Úrsula Iguarán ya tenía quien le representase en el mundo real.

En los siguientes ochocientos setenta y dos metros recordé *El Quijote (1605) tuneado*, una edición de la primera parte de la novela cervantina (1605) que elaboré y publiqué en 2013. Al principio, el trabajo didáctico seguía los postulados de una adaptación escolar; pero más adelante, a medida que la historia iba desarrollándose y yo iba asumiendo más licencias para salirme de los márgenes que delimitaban mi labor, el ajuste literario fue adquiriendo cada vez más los tintes propios de una reescritura. «Reinvención» es quizás la palabra. Supongo que fue tanto el desvío realizado que me vi desbordado cuando quise hacer lo mismo con la segunda parte (1615); de ahí que, intuyo, dos años más tarde, cuando adapté *El Lazarillo de Tormes* bajo el título de *Lazarillo... exprés*, me censurase los permisos concedidos y el resultado fuese una adaptación escolar pura y dura, sin devaneos retóricos ni ejercicios creativos desmedidos.

En cuatrocientos noventa y nueve metros reconocí que me gustó el trabajo que hice para la novela anónima de 1554, pero que el placer de la experiencia del “tuneado” seguía muy presente. En medio de un parar, esperar y arrancar, pensé en Tolga Kashif y su *The Queen Symphony* (2002), una fascinante obra nueva creada a partir de materiales musicales ya hechos; en otras palabras: una gloriosa sinfonía en seis movimientos inspirada —importante matiz: inspirada— en la música de Queen que nada tiene que ver con el desagradable conjunto de estulticias en forma de adaptaciones y versiones que se han realizado sobre las canciones de este grupo británico desde que murió Freddie Mercury en 1991.

Setenta y un metros después, centímetro arriba, centímetro abajo, decidí que no quería adaptar al teatro *Cien años de soledad*, sino componer una obra nueva a partir de la novela de Gabriel García Márquez; o sea, tomar prestado lo que había, el inimitable texto, para elaborar algo distinto. Deseaba ir

más allá del simple desplazamiento del mobiliario de los párrafos para que las habitaciones de las páginas mostrasen una decoración diferente. «No se trata de intentar mejorar lo que es inmejorable, sino de ofrecerlo de otra manera; de un modo que permita valorar con otros parámetros la calidad de la luz, sus reflejos, las sombras», me dije. Eso es lo que había hecho Tolga Kashif con Queen. Yo quería hacer lo mismo con *Cien años de soledad*.

Trescientos metros bastaron para asumir que los veinte capítulos de la obra no podían formar parte del texto teatral; y diecinueve más para decidir que solo abordaría los siete primeros, aquellos en los que interviene José Arcadio Buendía. En el fondo, debo reconocer que no fue una decisión difícil. Solo tuve que suspirar y hacer que revolotease en mi conciencia uno de los pasajes de la novela más hermosos, una de las joyas más deslumbrantes que conservo en ese cofre de tesoros literarios que todos los lectores poseemos: el relato que, suelto, escindido del cuerpo principal, se ha venido reconociendo como el de “Los cuartos infinitos”:

«Cuando estaba solo, José Arcadio Buendía se consolaba con el sueño de los cuartos infinitos. Soñaba que se levantaba de la cama, abría la puerta y pasaba a otro cuarto igual, con la misma cama de cabecera de hierro forjado, el mismo sillón de mimbre y el mismo cuadro de la Virgen de los Remedios en la pared del fondo. De ese cuarto pasaba a otro exactamente igual, cuya puerta abría para pasar a otro exactamente igual, y luego a otro exactamente igual, hasta el infinito. Le gustaba irse de cuarto en cuarto, como en una galería de espejos paralelos, hasta que Prudencio Aguilar le tocaba el hombro. Entonces regresaba de cuarto en cuarto, despertando hacia atrás, recorriendo el camino inverso, y encontraba a Prudencio Aguilar en el cuarto de la realidad. Pero una noche, dos semanas después de que lo llevaron a la cama, Prudencio Aguilar le tocó el hombro en un cuarto intermedio, y él se quedó allí para siempre, creyendo que era el cuarto real».

IV

Cuatrocientos treinta y cuatro metros antes de llegar a casa, pasé por delante del IES José Zerpa, donde habito laboralmente desde 2007. Al instante, fueron apareciendo autores y

textos que he ido desplegando en sus aulas y, por natural expansión, en esos aularios de papel que he ido construyendo con aspecto de libros desde hace ya unos cuantos años y que, como tales, de una manera u otra, forman parte de mi quehacer docente. De todos, quien llegó primero para tomar sentido en mi ejercicio introspectivo fue la *Breve antología escolar de la Literatura canaria* [Mercurio Editorial, 2016], quizás porque en ese momento percibí que el reto asumido me iba a permitir la posibilidad de aunar varios términos clave para mi manera de entender la literatura. En la página LIV, al hilo del apartado dedicado a la voz “antología” y después de desarrollar los aspectos relacionados con su carácter didáctico (*docere*, componente objetivo) y lúdico (*delectare*, componente subjetivo), expuse lo siguiente:

«Hay dos grandes vocablos más que suelen desatenderse porque se ciñen a criterios que no responden a patrones estrictamente científicos, a pesar de la carga de humanismo que encierran, son estos: homenaje y gratitud. Una antología debe ser un homenaje y un ejercicio de agradecimiento del editor a los autores que le han concedido con su talento deliciosos momentos de lectura e investigación filológica».

Homenaje. Gratitud. «Homenaje y gratitud», me dije mientras aparcaba. Qué ocasión más emocionante para decirle a Gabriel García Márquez gracias por *Cien años de soledad* y, por extensión, gracias por toda tu producción literaria; gracias por haber dedicado tu vida a crear pócimas poéticas que tanto bien nos hacen. Junto al agradecimiento será inevitable el homenaje, reconocí, pues mi oficio dispone que ese sea el segundo paso: compartir la gratitud con otros que, quizás, si vivieran la misma experiencia intelectual, podrían llegar a sentir idéntica complacencia y, en consecuencia, similares deseos de expresar su particular reconocimiento.

V

Ciento tres días después, terminé el encargo: seis movimientos inspirados —importante matiz: inspirados— en *Cien*

años de soledad de Gabriel García Márquez. Seis piezas que agrupé bajo el título *Los cuartos*.

Tras el cierre de la labor, surge lo ineludible: comprobar cómo se agolpan las preguntas. La primera es inevitable: y ahora, ¿qué? A esta, le siguen otras: ¿gustará lo realizado?, ¿habrá alguna oportunidad de que se conozca lo hecho para que se pueda juzgar?; en quienes no hayan leído el clásico de la literatura o no sepan de él, ¿contribuirá de alguna manera lo compuesto a forjar en su ánimo el deseo de leer o de saber algo más sobre la obra? Si esta voluntad se satisficiera, ¿es muy descabellado plantear que en esos destinatarios podría gestarse el mismo impulso de gratitud y homenaje que antes se expuso?

Más preguntas inundan la supuesta calma que debería haber tras el fin del quehacer: por un lado, si comprenderán lo hecho quienes desconozcan los siete primeros capítulos de la novela; por el otro, si quienes sepan de ellos llegarán a entender la obra. ¿Les será grato el acceso a una reescritura asentada sobre un texto al que se le reconoce la divinidad como calidad esencial? ¿Valorarán de manera positiva el experimento o concluirán que, para el resultado obtenido, mejor no haber hecho nada? ¿Se verán impelidos a pedirme, con cierto aire juanramoniano, tras leer o escuchar cualquiera de los movimientos (aunque nada pueda hacer para satisfacer el deseo), que no toque ya más la ambrosía literaria, «que así es la rosa»?

Tras la relectura previa a los borradores y los borradores previos a escritura, descubrí que Prudencio Aguilar y Remedios Moscote atesoraban, de cara a la configuración de los personajes y los hechos narrados de los siete primeros capítulos de la novela, una valía singular. ¿Compartirán conmigo esta percepción quienes conozcan la obra? ¿Coincidirán en la visión que, a mi juicio, debería tener José Arcadio Buendía sobre su nieto Arcadio? ¿Considerarán adecuada la referencia constante a Úrsula y su ubicación específica en el monólogo del tercer cuarto? ¿Se entenderá que haya una habitación dedicada a la estirpe de sangre? ¿Percibirán estos lectores u

oyentes, conocedores de los siete primeros capítulos, el trasfondo de la expresión «Isla Macondo, a la deriva oceánica de la gran naranja planetaria»?

Preguntas y más preguntas que, como agentes de bolsa, pujan por sus respuestas en el gran parqué donde cotizan las incomprendiones y aceptaciones, los desacuerdos y las adhesiones, los enormes temores y, por supuestísimo, las desmesuradas esperanzas. Preguntas y más preguntas que, conviene reconocerlo ya, jamás podrán superar a la más importante de todas para mí, la más relevante, la más trascendente, la única que centra todas mis atenciones: Nacho, maestro, hermano, ¿ves cumplidas con esto que te ofrezco tus expectativas?

CONTEXTO	11
AGRADECIMIENTOS	21

SOLTADAS UNO

DE LITERATURA

- 1. *El reloj de Clío, un espejo brillante para novelistas***
 [Emilio González Déniz, *El reloj de Clío*]
 Un principio. Siete apuntes para siete búsquedas [25]; Apunte 1. Sobre la estructura [27]; Apunte 2. Sobre metaliteratura e intertextualidad [28]; Apunte 3. Sobre el autor, el protagonista y los narradores [31]; Apunte 4. Sobre los tiempos [40]; Apunte 5. Sobre la veracidad y la verosimilitud [41]; Apunte 6. Sobre el espacio [48]; Apunte 7. Sobre máximas del maestro [51]; Un final. Sobre los destinatarios [55].
- 2. *Sí, tienes que mirar y leer a Starobinets***
 [Anna Starobinets, *Tienes que mirar*] 57
- 3. *Textos paralelos para dar que pensar***
 [Víctor Álamo de la Rosa, *Da que pensar*] 65
- 4. *¿Quién delató a Domingo López Torres?***
 [Juan-Manuel García Ramos, *El delator*] 69
- 5. *Un tío como espejo para políticos corruptos***
 [Alexis Ravelo, *Un tío con una bolsa en la cabeza*] 79
- 6. *Manual para salvar los libros que se perderán***
 [Javier Sacher García, *Manual de pérdidas*]
 El premio [83]; El autor [85]; La obra [89]; Los libros [101].
- 7. *Julia Gil, pasión y destrucción en medio del páramo***
 [Julia Gil, *Tiempo de pasión, tiempo de destrucción*]
 «Tenemos ante nosotros un libro comprometido...» [107]; Sin florituras verbales [108]; Síntesis de la impotencia [109], Propuesta abierta [110].

8. Escritores, un imprescindible... [<i>The Paris Review</i>].....	113		
9. ¿Malos tiempos para la lírica? [Osvaldo Guerra Sánchez, <i>Las siete extinciones</i>]	121		
10. Muestras para un diccionario sadalónico [<i>Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Después (del) 19</i>] Animación literaria [127]; Articulaciones [128]; Cervantista [128]; Cervantófilo [128]; Composición literaria [128]; Comprensión lectora [128]; Cretinismo literario [129]; Donnadiez [129]; Escritores [129]; Filoflojear [129]; Filolojear [129]; Gratitud [130]; Hábito lector [130]; Incompletitud [131]; Ingratitud [133]; Juntaletras [133]; Lápiz de lectura [133]; Mediación editorial [134]; Mercachifles [134]; Papel higiénico [134]; Pasandojas [135]; Plegaria [135]; Poema [141]; Poesía [141]; Poetario [142]; Poeticosa [142]; Premios literarios [142]; Siribariby [143]; Soltadas [143]; Taller de creación literaria [144]; Tunear [144]; Vocación verdadera [145].			
11. 20 quipus literarios y un poema desesperante I. En la Casa de Saramago [147]; II. <i>In media res</i> , en la red [148]; III. Escrituras de lectura [148]; IV. Libertad o sacrificio [148]; V. Deber <i>vs.</i> indolencia [149]; VI. Intermisión [149]; VII. Bibliotecas y cementerios [150]; VIII. En un gueto libresco [151]; IX. Desidia paternal [152]; X. Al borde del infinito [153]; XI. Llegar sin llegar al final [153]; XII. Miente por mí [153]; XIII. Generación literaria exprés [154]; XIV. Tras la jergonza y el galimatías, la luz [155]; XV. Menos cuanto más [157]; XVI. Vestigios [158]; XVII. En la Vía Láctea... [160]; XVIII. Borgiano galeno [161]; XIX. Leernos [161]; XX. Maldad justiciera [162]. <i>El poema desesperante</i> [163].			
12. Para una historia teldense de la literatura canaria [VV.AA., <i>Letras a Telde, 1351-2001</i>]	165		
13. Día de las Letras Canarias, manifiesto [<i>El tribuno. Revista bimestral de pensamiento</i>]	177		
14. Para una despedida de Cervantes [<i>Demonios cervantinos / El Quixote sin don Quijote</i>] -Demonios en los nidos de antaño celebrados en el 2016º año -Una cruzada cervantófila -Por qué leer a Cervantes; por qué leer el <i>Quijote</i> -En el velatorio de Cervantes - <i>El Quixote sin don Quijote</i> : I. «Hablemos del escritor antes que del autor del <i>Quijote</i> ...» [208]; II. ¿Por qué una edición paleográfica? [209]; III. A don Antonio Cabrera Perera [210].	183 188 197 201		
			Y...
		15. De presiones prisioneros, los docentes	215
		16. Barrios [mundo mejor > mundo feliz] Orquestados [José Brito López, <i>B.O. Metodología musical desde lo social</i>]	221
		17. Del mar tenebroso al océano afectuoso [Antonio Becerra Bolaños, ed., <i>Poesía atlántica</i>]	227
		18. La Transición, prólogo y epílogo de un relato inconcluso [Fernando T. Romero Romero, <i>La Transición en Agüimes</i>]	233
		19. Donde las huellas, los caminos [Luis López Sosa, <i>Toponimias y antroponimias de Telde</i> , distrito I] «En agosto de 1971...» [285]; «Tenía poco más de 365 días...» [288]; «Tenía 16.579 días de vida...» [293].	
		20. Perenne San Gregorio	299
		21. Samper Padilla. Ante todo, calidad humana	311
		22. Extra omnes I Ego teológico: I. La Iglesia de la Vida [319]; II. ¿Quién hizo a quién? [320]; III. Maldad relativa [321]; IV. Sobre el inicio, un consenso disentido [323]; V. El mérito no hace la adhesión [323]; VI. La puerta [324]; VII. <i>It's happiness, stupid!</i> [325]; VIII. Lector de similitudes mitológicas [326]; IX. Para sobrevivir al azar [326]; X. Confuso celibato [327]; Coda. Divina moción de censura [328]. <i>Lecturas civiles</i> , una introducción [328]. Entre redes: antidisturbios <i>vs.</i> antidemócratas. “Antidisturbios digitales” [334] y “Las redes sociales, amparo de agitadores antidemócratas” [337]. Una verdad republicana [339]. Carta desesperada a un ángel prisionero [343].	
		23. Felípica I de 2020	347
		24. El camino hacia <i>Los cuartos</i> [<i>Los cuartos y los finales</i>].....	359
		25. Más allá de más acá. Del espacio: ordenada (Y) [<i>Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Después (del) 19</i>]	369
		ÍNDICE ONOMÁSTICO	377



DE LITERATURA

1. **Lectura de una ternura: los caníbales de...** [Víctor Álamo de la Rosa, *La ternura del canibal*]
2. **El gran evangelio de María Magdalena** [Cristina Fallarás, *El evangelio según María Magdalena*]
3. **Pildain desde una exquisita verdad ficcional** [Juan José Mendoza, *A orillas del Guiniguada*]
4. **Sombra de identidades. El informe Silvana** de Sabas Martín [Sabas Martín, *El informe Silvana*]
5. **Un heredero canario de Le Carré, Forsyth y Grisham** [Christopher Rodríguez Rodríguez, *El lince*]
6. **En Pasividad, el diablo anda disfrazado** [Víctor M. Bello Jiménez, *Operación Ática. Bengoechea, caso 1*]
7. **En la finita infinitud del horizonte** [Diana Fleitas Rodríguez, *Horizonte*]
8. **Antologías: didactismo, deleite, homenaje y gratitud** [*Breve antología escolar de la literatura canaria*]
9. **Los descarrilados y las calidades literarias** [Enrique Mateu, Artenara, «Infame esclavitud»]
10. **Algo, no mucho, sobre lectura, literatura y educación**
11. **En el vademécum temporal de Miguel Ángel Sosa** [Miguel Ángel Sosa. *Anatomía del tiempo*]
12. **Librorum prima civitas et sedes** [El hecho: «Pasado, presente y futuro del libro en Telde»; el recuerdo: «Enlibrado para la prima civitas et sedes»]
13. **Sobre la denominación «literatura canaria»** [*Breve antología escolar de la literatura canaria*]
14. **Para una despedida de González de Bobadilla** [«Preliminares a la paratextualidad»; «Entre los desafectos y los afectos»; «Pastorilia» y «Consumatum est, Bernardo»]

Y...

15. **Un docente** [*Un docente y otros textos sobre educación*]
16. **Penúltimas lecciones escolares de 2020** [*Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Después (del) 19*]
17. **En el senado de los egos**
18. **Haz y envés de La Transición. Agüimes como referencia** [Fernando T. Romero Romero, *La Transición en Agüimes*], pág. XXX
19. **Una brújula para la justicia y la memoria popular** [Fernando T. Romero Romero, *La dictadura franquista en Agüimes a través de sus documentos (1939-1953)*]
20. **Pérez Casanova, una oportunidad para no olvidar** [Nicolás Guerra Aguiar. *La represión franquista contra Gonzalo Pérez Casanova*]
21. **¿Sobre dichos y modismos? «Pa'una cabra partía, un macho corco-vao»** [Luis Rivero, *Como dice el dicho*]
22. **Extra omnes II** [«Liberación»; «Mentira es y punto»; «Parlamento fallido»; «Patriotas y patriotas» y «Docentes públicos, ciudadanos concertados-privados»]
23. **La ira** [*Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente...*]
24. **Instantes** [*Pro Marcelas*]
25. **Más allá de más acá. Del tiempo: abcisa (X)** [*Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente...*]